

¿A DÓNDE VAMOS COMO PAÍS Y COMO REGIÓN?

Francisco Chamberlain, s.j.

El lunes 27 en la mañana estuve en la Fiscalía donde se habían reunido 80 ataúdes de víctimas de la violencia interna, 51 de los cuales asesinados por Sendero Luminoso y 29 asesinados por las fuerzas del orden. En la tarde en la misa en la Iglesia de la Compañía un número de los mismos ataúdes estaban presentes (la foto de la larga cola de los familiares con su ataúdes entrando en la Iglesia está en La República del día martes 28). Estas víctimas vienen de distintas partes de Ayacucho: Huanca Sancos, La Mar, Huanta y Huamanga. Todos los ataúdes son de gente del campo. Me sorprendió en la Fiscalía cuando tuve que pasar uno por uno con el agua bendita: casi la mitad de las víctimas eran mujeres. En el sermón de la misa en la noche, ante tantos ataúdes y sus familiares, dije una frase que me vino a la mente, que pensándola luego, creo que responde a una tarea urgente, de verdad impostergable. Este nuestro país, como nuestra región de Ayacucho, tenemos que convertirnos, es decir, tenemos que tomar otro camino, un camino que integre a todos y todas que habitan en este suelo patrio.

Y este camino nuevo no se ha tomado todavía para nada. Desde la presentación del Informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR), y aun antes, los grandes medios de nuestra derecha han ninguneado el Informe; que el Informe estimó falsamente el número de muertos en la guerra; que los héroes de la guerra eran solo las fuerzas armadas, sin reconocer, como sí hizo el Informe, el papel absolutamente fundamental de nuestros campesinos en sus Comités de Autodefensa; que las reparaciones a las víctimas pedidas por el Informe terminaron en un cuenta gotas siempre insuficiente; en efecto, que la guerra no ha cambiado nada de lo que hemos sido siempre, que volteemos la página para seguir siendo lo que hemos sido siempre: un país discriminador, con unos al mando y los demás tomados a lo sumo como semi-ciudadanos y si son más pobres todavía, como simples desechables. Los que siempre nos han mandado tienen que seguir mandándonos siempre. Este es el mensaje que los grandes medios del país quieren que traguemos.

Por eso es entendible que el ejército no diga quiénes estaban al mando de la masacre de Putis, uno de los casos de clara lesa humanidad; que los juicios del cuartel de Los Cabitos caminen a paso de tortuga, que el registro de las víctimas de la guerra no ha contado nunca con los recursos necesarios para cumplir su tarea, que las reparaciones dadas hasta ahora han sido insuficientes; que la lenta exhumación de las fosas comunes seguirá lenta porque no queremos invertir y reconocer que la cifra que dio la CVR de casi 70 mil muertos, que fue muy criticada en su momento, pero que será a la larga una cifra sumamente conservadora. Los testigos de la nueva cifra de los muertos serán, entre otros muchos más, los ataúdes el lunes en la Fiscalía y que agolparon la puerta de la Iglesia de la Compañía.

Todas estas cosas seguirán porque no queremos mirar nuestra propia historia con nuevos ojos, con una determinación de ser distintos de lo que hemos sido siempre.

Si bien este artículo se ha centrado en los efectos de la guerra que hemos sufrido –las 80 víctimas en sus pequeños ataúdes blancos–, una guerra con tanta muerte y tanta destrucción, la pregunta de fondo es: ¿Qué nos ha enseñado la guerra sobre nosotros como país? ¿No nos ha enseñado nada la guerra de cómo hemos sido, de quiénes nos han gobernado en nuestra historia, de quiénes han sido marginados a lo largo de nuestra historia? Si podemos afrontar esta pregunta con seriedad, quizá podamos afrontar la pregunta con la que este artículo se titula: ¿a dónde vamos como país y como región?

Publicado en la página Web, Casa Mateo Ricci S.J., Ayacucho, 29 de octubre del 2014.